

**JÓVENES TRANSNACIONALES.  
ENTRE EL MAGREB, EL SUR DE FRANCIA Y ARAGÓN****por Chabier Gimeno Monterde**Investigador en el Grupo de Estudios de la Sociedad del Riesgo,  
Universidad de Zaragoza**NUEVAS MIGRACIONES**

Los flujos migratorios entre las áreas geográficas vinculadas económica y socialmente están evolucionando durante este nuevo siglo. Ese es el caso de las migraciones transnacionales y de las circulaciones migratorias entre el norte de África y el sur europeo. Entender estos cambios en las migraciones es clave para comprender la diversidad y la complejidad crecientes en sociedades como la aragonesa.

Este texto nos acerca a un caso concreto. El de los jóvenes magrebís que se mueven entre el Norte de África, Aragón y el Sur de Francia. Un ejemplo del nuevo contexto de conexión entre los espacios sociales transnacionales: situados al mismo tiempo al menos en dos continentes.

En nuestra aproximación hemos de abordar en primer lugar algunos conceptos, así como desechar previamente algunas ideas, basadas en el nacionalismo metodológico, y que se muestran débiles para entender unas movibilidades que las desbordan.

El transnacionalismo, por un lado, es el conjunto de procesos por los cuales los inmigrantes crean y mantienen relaciones sociales multidimensionales que vinculan las sociedades de origen y las de destino. Estos procesos son denominados transnacionales para enfatizar que hoy en día muchos migrantes construyen campos sociales que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas (Suárez, 2006).

La circulación migratoria, por otra parte, nos remite al sociólogo francés Alain Tarrow (1993), que acuñó la noción de territorios de circulaciones transnacionales. Según este experto en los flujos mediterráneos, conviene distinguir la circulación entre las naciones y a través de las naciones. La primera, internacional, coloca a los circulantes frente a las instituciones y normas de cada Estado-nación y los obliga a socializarse dentro de esos Estados-nación. La segunda, transnacional, los obliga a producir éticas sociales transversales, que producen territorios y normas diferentes de los que fabrican los Estados. Estos “territorios circulatorios” exceden el marco de los Estados-naciones y son el soporte de actividades comerciales ejercidas por las “hormigas de la mundialización”: estos migrantes de múltiples orígenes que, haciendo de su movilidad un recurso, extraen sus beneficios económicos del diferencial de riqueza entre diferentes países.

Estos dos conceptos tienen en común una idea: que las relaciones sociales transnacionales permiten a los individuos obtener recursos a los cuales no tendrían acceso a través de los dispositivos oficiales; y que, al mismo tiempo, también les permiten circular a través de espacios que exceden los territorios estatales.

¿Cuáles son las implicaciones de estos dos conceptos para las sociedades europeas? Como el profesor Carlos Giménez expone en otro apartado de esta publicación, la diversidad cultural es algo innato en las comunidades humanas. Y la diversidad actual, creciente en intensidad, es clave en el análisis de los espacios en los que se asientan nuestras comunidades. Como sociólogo, he podido analizarlo a lo largo de nuestra

investigación, como se expone después. Y como trabajador social, he podido experimentar la presencia ineludible de relaciones sociales, especialmente entre familiares e iguales, que traspasan diariamente las fronteras administrativas sobre las que se construye el Estado del Bienestar.

A menudo, muchos profesionales que trabajan en estos nuevos contextos de diversidad, se encuentran desorientados, incluso molestos por la ineficacia de sus procedimientos de trabajo. Les parece que este nuevo contexto transnacional se aleja de lo que pueden abarcar profesionalmente. De esa sorpresa, también surge nuestro interés por investigar. En definitiva, entender la educación, la sanidad, la empleabilidad, el comercio, y otras actividades humanas que se desarrollan hoy en Zaragoza, Burdeos, Toulouse o Barcelona, nos exige ser conscientes de esos *hilos migratorios*, que también incluyen Rabat, Nador, Orán y muchos más lugares del planeta. Ese ha sido mi principal constatación al acercarme a los jóvenes que migran desde el Norte de África al sur de Europa.

### ACERCARSE A LO TRANSNACIONAL DESDE LOS JÓVENES MAGREBÍ

Los niños, adolescentes y jóvenes son un nuevo actor migratorio. Esta es una de las nuevas caras de la globalización, de tendencia creciente en nuestro siglo, y con flujos más intensos entre Estados vinculados jerárquica y económicamente. Bien sea entre Méjico y Estados Unidos, entre Marruecos y España, o entre Sudáfrica y Mozambique, los menores de edad y los nuevos adultos migran acompañados de familiares, mal acompañados por mafias o, a menudo, de forma autónoma (Suárez, 2006). Estos últimos, los denominados jurídicamente “menores extranjeros no acompañados”, protagonizan en el sur de Europa itinerarios migratorios con elevada repercusión mediática y notable influencia en unas políticas migratorias en constante adaptación a este nuevo flujo. Estos jóvenes viven su migración bajo una doble condición. Como menores de edad son sujetos que, al amparo de la legislación internacional, deben ser protegidos y acogidos en los sistemas públicos de protección de la infancia, hasta que alcanzan la mayoría de edad<sup>1</sup>. Aunque, al amparo de las políticas securitarias europeas, como extranjeros que acceden irregularmente a Europa, son sujetos de control y, cuando es posible, de expulsión.

La investigación que en la que se basa este texto (Gimeno, 2013) se inició con algunos de estos jóvenes migrantes, acogidos institucionalmente en la Comunidad Autónoma de Aragón. Entre 2007 y 2012 se realizaron para ello entrevistas en profundidad a dieciséis jóvenes migrantes y a treinta y nueve profesionales que intervenían con ellos (trabajadores sociales, jueces, fiscales, policías, forenses, etc.), tanto en Aragón como en otras Comunidades Autónomas y en Marruecos. Y posteriormente, como extensión de esa primera investigación, hemos ampliado estas entrevistas a jóvenes migrantes, familiares y profesionales en el sur de Francia, especialmente en el área de la ciudad de Toulouse.

La complejidad de estos flujos migratorios juveniles observados desborda el aparentemente estable conocimiento de las rutas migratorias que hace público el sistema europeo de control de fronteras (Frontex). Frente a las rutas mapeadas por este organismo (imagen 1), nuestra investigación nos remite a itinerarios mucho más complejos, con etapas intermedias en varios Estados europeos (imagen 2): Magreb-Aragón, Magreb-Francia-Aragón, Magreb-Italia-Francia-Aragón, etc.

1. De acuerdo al artículo 3.1 de la Convención de Derechos del Niño, así como a la Observación número 6 del Comité de los Derechos del Niño, ambas promulgadas por Naciones Unidas, en 1989 y 2005, respectivamente.

Ese débil saber, como ocurre con los profesionales de la intervención social que atienden a los jóvenes una vez llegan a Europa, está ligado a un desconocimiento paralelo de la reconfiguración de la migración juvenil en el planeta. En la búsqueda de la ciudadanía global, los jóvenes parten de contextos muy alejados de aquellos señalados por el binomio de la acción humanitaria y el control fronterizo. Tal y como señala el etnopsiquiatra Francesco Vacchiano (2014), los factores asociados en origen a estas migraciones precoces son mucho más diversos de lo que dicho binomio señala.

Sea una migración autónoma o una enviada, tras los jóvenes hay no sólo abandono escolar, desempleo de los padres y hermanos, familias monoparentales o reconstruidas o analfabetismo de los padres. Además de estos factores tradicionalmente señalados como movilizados de la migración infanto-juvenil, también hay que tener en cuenta la creciente urbanización periférica de las ciudades africanas (los barrios populares, sin infraestructuras), la imagen casi universalmente negativa sobre el futuro del país de origen y la imagen positiva tanto sobre la migración como sobre sí mismos, en cuanto actores con capacidad de modificar su situación de partida. Este deseo de revancha social (Vacchiano, 2015) se acompaña de la presencia de familia o conocidos en el país de destino, así como de una emergente representación adulta de sí mismos.

Como decíamos antes, la migración puede ser en compañía de familiares, aunque la presencia de niños y jóvenes que migran solos es un fenómeno mundialmente consolidado (Touzenis, 2010). Adolescentes que, activando su capacidad de agencia, migran autónomamente, con una imagen activa de sí mismos. U otros que son enviados, respondiendo a la aspiración global de las familias de acceder al estatus de la clase media. Estas familias desean ofrecer una oportunidad vital o seguridad físico-emocional a sus descendientes, accediendo a un Estado de Bienestar que ha devenido también transnacional: “ellos se ocuparán de ti” (Vacchiano, 2014). Pudiendo asumir la migración juvenil también como una vía para acelerar la madurez o, en ocasiones, para alcanzar una integración en la sociedad global a través del consumo, sin descartar motivos más tradicionales, como producir para remitir ingresos para el hogar en origen.

En el caso de África, los jóvenes son los actores que protagonizan las novedades en la economía informal y en los procesos de globalización, así como en la definición de las formas locales y alternativas de modernidad (Honwana y De Boeck, 2005). Tal y como analiza Vacchiano esta modernidad, en tanto categoría local, se expresa por los migrantes como materialidad. Dado que, en origen, la exclusión de la modernidad es fundamentalmente “aquello que nunca tendré”, la marginalidad espacial de los barrios periféricos o la presencia de las fábricas de exclusión (escuela y trabajo informal). De ahí que, paradójicamente, las redes de tráfico de personas se conciben, en ocasiones, como proveedoras de modernidad.

Una modernidad íntimamente ligada al deseo de movilidad. Que emerge en el contexto actual como un status global, como la condición de ser de primera clase. Así es como la capacidad y el derecho legal a viajar ha devenido en uno de los criterios por los cuales se define la clase y se conforman los privilegios. Por tanto, en el imaginario globalizado de los jóvenes del norte de África, la movilidad geográfica equivale a la movilidad social. Moverse, desplazarse, para todos aquellos que, en términos de Zygmunt Bauman (1998), han sido declarados superfluos, depende de la capacidad para activar los recursos propios. Y de entre los recursos que cualquier persona posee, las redes sociales son lo más importantes, pues garantizan la conectividad.

En suma, unos jóvenes que desean mejorar, que se vinculan a una cultura global en la que desplazarse geográficamente es sinónimo de un status elevado, ¿qué esperan encontrar allá donde van? Lo mismo que buscamos todos. Lo moderno, la materialidad: el consumo. Y el consumo, como bien nos indican Vacchiano (2014) y Mafessoli

(2005), es un campo de inversión compensatoria (revancha social), en el cual se negocian las identidades (ser como otros) y también el sentimiento de pertenencia (ser con otros, ser comunidad). Esto es, el consumo es clave en la realización personal, en el bien estar, en el estar bien.

Ese consumo que se ha convertido globalmente en una forma de integración a través de los objetos, ha transformado el derecho a consumir en una posibilidad de ciudadanía material. Por lo que las migraciones de los jóvenes activan la posibilidad de participar en la aspiración global a mejorar. Observando desde estos parámetros a los jóvenes magrebíes que residen o circulan entre el norte de África, Aragón y el sur de Francia, hemos detectado valores comunes, que se repiten en todas sus historias de vida. Valores contemporáneos que, si son contemplados desde la biopolítica, nos remiten a sus contrarios, en clave de vulnerabilidad y exclusión: la movilidad va muy a menudo ligada a la errancia, la comunicación al silencio, la libertad de autoconstrucción a la soledad y la incertidumbre, el cosmopolitismo al apatridismo y el consumo a la privación.

### UN IMAGINARIO TRANSNACIONAL

Como ya hemos analizado en otros textos (Gimeno, 2014), estos valores empapan el imaginario de los jóvenes observados, en una estructura simbólica creada transnacionalmente. En él encontramos nuevas creaciones culturales, por un lado, y, muy a menudo, un desplazamiento del sentido original o normalizado, que es sustituido por otro nuevo, más apropiado al deseo de modernidad (Gimeno, 2015). Este imaginario se condensa en torno a varios puntos, todos ellos ligados por el hecho migratorio: la salida del país de origen, el tránsito y el paso por Aragón, el exilio y el éxodo, y más recientemente el retorno al Magreb.

El imaginario de salida, está empapado por el poder hegemónico, aquel que busca limitar las expectativas de realización personal en el país de origen. Frente al que los jóvenes ejercen una resistencia en forma de migración a Europa. Sus imágenes nos remiten a los simbolismos norteafricanos del *harraga* (o migrante irregular)<sup>2</sup>, como también a los subsaharianos del cayuco y otros iconos migratorios (Gimeno, 2014).

El imaginario del tránsito nos remite a los jóvenes que hemos conocido en Aragón, que llegaron aquí para instalarse, o bien para continuar su viaje hacia otros lugares de España o de Europa. Y lo hicieron tanto autónomamente como con sus familias, nucleares o extensas. En el imaginario de estos jóvenes confluyen dos tipos de simbolismos. Los emitidos por el poder y los creados por los adolescentes. Los simbolismos del poder coercitivo, aquel que limita la movilidad entre las fronteras, se mueven entre la victimización o la asimilación y la criminalización de los jóvenes, cuando estos migran irregularmente. En frente y por debajo de estas estructuras simbólicas, los jóvenes elaboran creaciones culturales propias: blogs, música rap, collages fotográficos, parkour, etc.

En la base de estas creaciones están la afectividad y la estética, claves de la ciudadanía adolescente global. Los jóvenes observados mantienen a través de esas socialidades o experiencias sociales un nuevo tipo de vínculo con sus iguales (Mafessoli, 2005), un “ser-con-los-otros”, que pone el acento en la interacción y la reciprocidad constante,

generando nuevas formas de solidaridad y generosidad, vinculadas fundamentalmente a lo estético y lo afectivo: moda, consumo, empleo, añoranza, temor, protección, etc.

Durante la observación del imaginario de estos jóvenes, a menudo virtualizado, además de un Allí o lugar de origen, de un Aquí o lugar de tránsito, siempre ha habido un Ahí, esas posibles nuevas etapas migratorias, casi siempre en el centro o el norte de Europa. Nuestra investigación se ha centrado en las regiones fronterizas del sur de Francia, familiarmente vinculadas a las familias magrebíes residentes en Aragón.

Para analizar este imaginario, hemos partido de la observación y las entrevistas a jóvenes para los que la migración autónoma a Europa tiene o ha tenido en España una etapa intermedia. En la península ibérica estos jóvenes se han encontrado con las barreras sociales y administrativas que las redes sociales virtuales ya les mostraban cuando eran migrantes expectantes en el norte de África (Gimeno, 2013). Mientras que algunas trayectorias migratorias superan esas barreras y se enraízan en España, otros itinerarios, cada vez más, han continuado hacia nuevas etapas, entre ellas las que se dirigen a Francia, Bélgica, Alemania o Escandinavia.

El Estado francés centra buena parte del imaginario juvenil transnacional en sus antiguas colonias africanas: *Vienen [de vacaciones a Marruecos] de España y Francia. Allí de puta madre, hay trabajo, estudias... un nivelazo... Y tú te lo crees, piensas que va a caer del cielo. Pero mienten mucho, cuando llegas [a Europa] ves la verdad, te han timado, casi vas a morir para [nada]* (entrevista a joven bereber marroquí).

Para los jóvenes magrebíes que migran solos, en ese punto de condensación del imaginario tienen un espacio destacado los barrios segregados espacial y socialmente (las “*banlieues*”), donde habitan migrantes de los cinco continentes. Estos barrios periféricos son simbólicamente lugares de destierro o “*lieues du ban*” (Dell’Umbria, 2006). Estas tierras de nadie, al igual que ocurre en las redes sociales virtuales que hemos observado, parecen representar para los jóvenes que migran solos esos espacios sin apropiaciones, sin límites ni reglas donde sería posible vivir sin distinciones (Nosotros-Otros). Mientras fuera de las “*banlieues*” los migrantes serían percibidos a través del binomio Nosotros/Otros, que distingue y segrega a los diferentes o enemigos (Bergua, 2002).

Mientras para los actores estatales de las políticas de control migratorio, los itinerarios migratorios de los jóvenes magrebíes hacia Europa tienen en España su primera etapa, la realidad observada resulta ser mucho más compleja. Durante nuestro trabajo de campo en Marruecos, Aragón y el sur de Francia, hemos podido entrevistar a jóvenes que han partido del norte de África hacia Francia (y también a Italia), para desde allí llegar posteriormente a diversas regiones españolas. Estos itinerarios no son explicitados ante los servicios de protección de la infancia, pues rompen con los estereotipos mediáticos y profesionales sobre este flujo migratorio: “*Voy a saltar ese tema de cómo he venido, porque no he venido como los demás... Si apagas eso [grabadora] sí*” (entrevista a menor árabe marroquí).

De la misma forma, hemos conocido a jóvenes que se han movido con asiduidad e intermitencia entre Francia y España, regularizando o no su situación administrativa en estos Estados: “*Que tal todo tío??? he vuelto de Francia el domingo pasado, así que cuando quieras quedamos; ciao amigo*” (menor marroquí en su perfil en Facebook).

En algunos casos, los jóvenes pasan por España fugazmente, sorteando los controles migratorios, o huyendo de los centros de acogida para menores a los que son remitidos al ser detectados. Hasta que alcanzan su objetivo y llegan a Francia, donde les acoge



su red familiar: tíos, hermanos y otros parientes. En estas ocasiones, el objetivo es asentarse en el sur de Francia, en ciudades como Toulouse o Marsella, donde se espera poder desarrollar con mejores opciones que en España el proyecto migratorio (ganar dinero, encontrar trabajo o estudiar), al amparo de familiares ya arraigados.

Con todo, las dificultades para regularizarse, para acceder al empleo o para obtener algún apoyo de los programas de atención a la población vulnerable, acaban presentando el retorno a España como una etapa deseable. Especialmente cuando se cuenta con otros miembros de la red familiar o de iguales en este país.

Por tanto, la condensación del imaginario migratorio transnacional en torno a Francia se caracteriza porque es un destino que atrae, al mismo tiempo que disuade y rechaza. Para los jóvenes entrevistados, los límites a la movilidad social que la sociedad francesa impone a los migrantes, bien descritos por Yamina Benguigui en 2004 en su película *“Le plafond de verre”*, adquieren nuevos matices y suponen un sobrecoste migratorio adicional. La segregación espacial y social de sus familiares e iguales residentes en las *“banlieues”* se manifiesta para estos jóvenes como una frontera interior. De forma que el poder hegemónico, aquel que limita a la Gente sus expectativas de mejorar sus vidas, presenta a quienes migran solos una imagen de la *“banlieue”* como un pequeño Magreb sin futuro.

Quienes migran solos y no han llegado todavía a Francia temen el rechazo de esa sociedad, a la que identifican con el Estado y sus herramientas de control social. Al mismo tiempo, entre los jóvenes que dudan ante una posible migración hacia Francia, intuimos una resistencia anudada a la temida exclusión espacial y al control policial: la vandalización de la vida cotidiana. Ésta se transmite desde las *“banlieues”* al resto del globo como un ejercicio de autoafirmación, y es percibida por los jóvenes como una parte ineludible del binomio Orden-Desorden.

El vandalismo, con todo, es una co-creación (Peralva y Macé, 2002). Tanto de las élites que criminalizan la migración, como de los migrantes que la interiorizan y le dan una función de resistencia simbólica. La iconografía de guerra social que emana de las *“banlieues”* lleva a los jóvenes migrantes, tanto en África como en Europa, a sobrerrepresentar estos escenarios en su imaginario sobre Francia: pues ni todos los migrantes participan de esa estética, ni todos los barrios periféricos generan tal segregación. De forma que esta uniformización actúa como factor de disuasión en los proyectos migratorios de muchos jóvenes, que prefieren eludir Francia, bien como etapa, bien como destino. A ello contribuye la evaluación transnacional de las oportunidades que estos hábitats segregados ofrecen. Ésta puede sustentarse en la información de otros iguales, pero es alimentada especialmente por las familias, actor presente en ambos lados de las fronteras. Para éstas los barrios periféricos franceses ofrecen aún menos oportunidades de movilidad social que la precariedad económica y social de la comunidad magrebí en España.

Esta evaluación negativa cuestiona claramente el factor de atracción que poseen las ayudas sociales estatales, como desencadenante de las migraciones a Francia. Al contrario de lo que pretenden quienes observan a estos jóvenes desde los estereotipos uniformizadores de la xenofobia de las élites ya citadas. Ser un no-ciudadano en España, algo que es ridiculizado en los perfiles virtuales de estos jóvenes, parece ser mejor para algunos de ellos que ser *“insertado”* o *“integrado”* en la sociedad de acogida por trabajadores sociales y otros agentes estatales. Estas *“bellas almas”*, tal y como las describe Michel Maffesoli (2004), se sienten *“responsables de la sociedad”* y son muy visibles en los barrios franceses, como los tolosanos Le Mirail o Bagatelle, donde la residencia como migrante ilegal o en proceso de regularización es más difícil que en Aragón u otras Comunidades. Como sugiere este sociólogo francés, alejarse de ese

control es algo que encaja con la reticencia antropológica al Poder de los jóvenes que protagonizan la globalización.

Decíamos también que los iguales, esos otros jóvenes compatriotas, tanto en proceso de migración, como los miembros de la llamada segunda generación o posteriores, emiten otras evaluaciones de la etapa francesa, en paralelo a las de las familias. Apoyados en las percepciones de estos iguales, muchos jóvenes se han movido entre los dos Estados. Unos con la ambigüedad de ir y venir entre Toulouse y Zaragoza, sin asentarse definitivamente en ninguna de las dos regiones. Otros en una huida decidida en busca de horizontes menos limitados que los que ofrecen el vandalismo y la exclusión de los barrios periféricos franceses (Santelli, 2007).

De hecho, las relaciones entre jóvenes que han pasado por etapas previas en Francia y han optado por buscar nuevas oportunidades en España pueden ser estrechas, implicando el acompañamiento a los jóvenes una vez estos llegan a Aragón, entre otras acciones de apoyo.

En definitiva, y a pesar de que en los centros de acogida para menores migrantes del sur de Francia hemos contactado durante nuestro trabajo de campo con jóvenes magrebíes que habían sido acogidos previamente en España, el “mito francés”, como ocurre también con otros rumores transnacionales en torno a mejores destinos migratorios en Europa para estos jóvenes, no tiene estabilidad. Como nada en la migración de los menores solos. Todo lo que parece alcanzar el equilibrio, lo pierde en meses o años. Analizar esta metaestabilidad nos ha permitido ver la etapa francesa como “*un faux pas*” o paso en falso para muchos jóvenes migrantes, que conlleva nuevas resistencias.

¿Cuáles son, entonces, los nuevos desbordamientos o resistencias de estos adolescentes frente al control estatal? Carece de sentido aspirar a uniformar, a delimitar las estrategias de resistencia de los jóvenes que migran (Bourqia, 2010), solos o en red. Pero, para aproximarnos a ellas, ofrecemos algunos indicios de lo que hemos podido intuir. Y es que, tras el paso previo por Francia, o como alternativa a esta etapa, son muchos los jóvenes que apuestan ahora por nuevos itinerarios migratorios hacia España. Tanto si consiguen regularizarse en la península, como si permanecen como irregulares y no son expulsados a sus estados de origen. Se da, por tanto, una paradójica revalorización de la precariedad en España.

Para unos, especialmente si sus trayectorias formativas y laborales los excluyen económicamente, la reproducción de las estructuras simbólicas de la “*banlieue*” francesa en las ciudades españolas es una nueva forma de situarse a sí mismos como Otros (Cloke y Jones, 2005). Recurren para este proceso de distinción al bricolaje cultural (Bennani-Chraïbi, 1998). Tomando discrecionalmente de la cultura de origen y de la de destino todo aquello que les permita recrear su alteridad: la música rap, la lengua bereber, la estética deportiva, la exhibición de la agresividad, el ocio hedonista, etc. En estos casos la sobrerrepresentación de la exclusión que citábamos anteriormente también empapa su imaginario. Lo simbólico se nutre aquí del rechazo que perciben en las instituciones europeas, especialmente en los *media*; al que responden vandalizando su estética y sus discursos, mediante el uso mimético de símbolos “afrancesados” de confrontación social como forma de afirmación.

Al igual que los adultos magrebíes residentes en Aragón, los jóvenes que optan por el mimetismo también han incluido entre sus estrategias de vida la aceleración de las migraciones circulares (Arab, 2009). De forma que muchos de ellos regresan al Magreb a pasar unos meses en sus lugares de origen, una vez han conseguido completar los meses de empleo remunerado que exige la legislación de extranjería para renovar los permisos de residencia. O, en algunos casos, para evitar las consecuencias de

las sentencias condenatorias u otras formas de represión de sus actividades como infractores juveniles.

Para otros, una vez alcanzan la edad adulta y dejan de ser acogidos en los centros de protección de menores, el apoyo en las redes familiares y de iguales existentes en la península ibérica es la clave que permite reactivar su movilidad geográfica. Buscar nuevas oportunidades en otras provincias españolas, diferentes a las que les acogieron en los centros de protección para menores, es una opción muy común. Y dentro de estos nuevos itinerarios, los matrimonios con jóvenes españolas y otras estrategias para la búsqueda de la regularización (compra de contratos para renovar el permiso de residencia, etc) son habituales.

El objetivo final de este camaleonismo es pasar desapercibido para la legislación de extranjería. Como nuevos adultos, para residir legalmente deben mantenerse dentro de la población laboralmente activa, trabajando con un contrato; o bien entrar a formar parte de las estructuras familiares “nativas”, para lo que el matrimonio con una joven española es la vía más rápida. El sacrificio de sus objetivos iniciales, que frecuentemente estaban vinculados a conseguir en Europa niveles de consumo e ingresos muy superiores a los que con su cualificación pueden conseguir, trae consigo, paradójicamente, un nuevo objetivo práctico a medio plazo: resistir la precariedad hasta conseguir la nacionalidad española, para poder moverse después con seguridad jurídica dentro de Europa, probablemente hacia Francia.

A estas etapas europeas, para finalizar, durante los últimos años les han comenzado a seguir nuevas etapas de retorno al país de origen. Ya no solo para los periodos vacacionales, sino también de forma definitiva. Este imaginario es compartido por los jóvenes adultos expulsados, por aquellos que han agotado el sueño europeo, así como por los que regresan con proyectos de empleo en su lugar de origen: una vuelta al puerto de partida. Socializados como jóvenes en Europa, se vinculan estéticamente a ella una vez en el Magreb, retomando sus raíces, evaluando su viaje, su circulación, su deseo de movilidad hacia la modernidad.

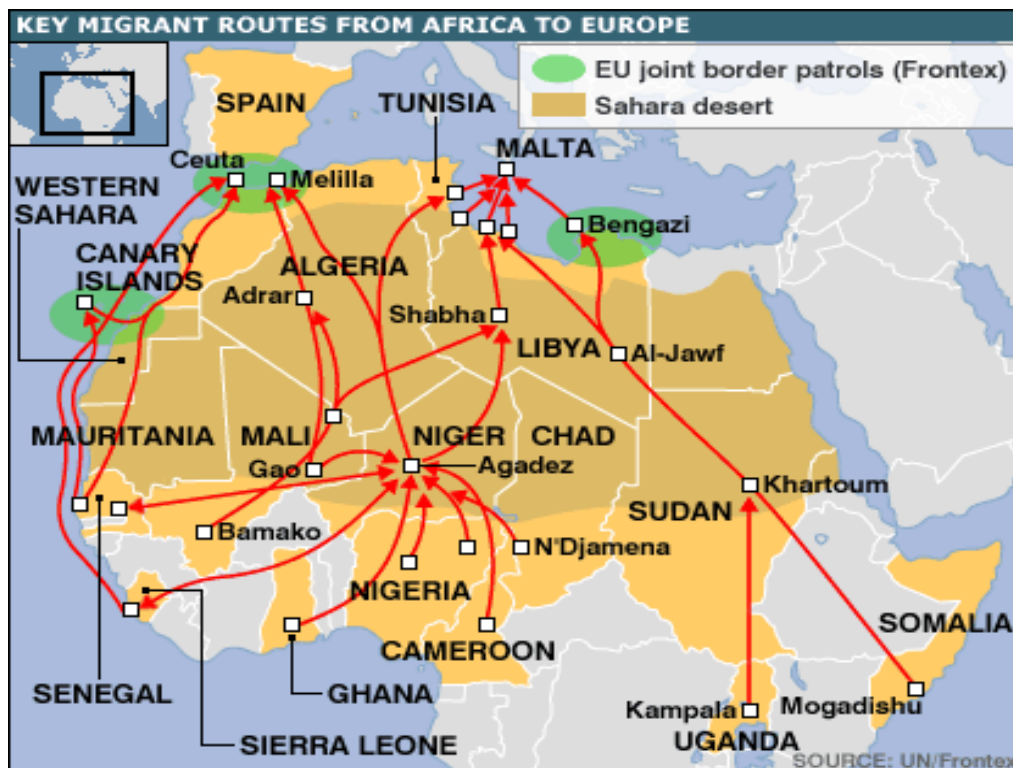


**BIBLIOGRAFÍA**

- Arab, Ch. (2009). Les Aït Ayad. La circulation migratoire des Marocains entre la France, l'Espagne et l'Italie. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Bauman, Z. (1998). *Globalization: The Human Consequences*. New York: Columbia University Press.
- Bennani-Chraïbi, M. (1998). *Soumis et rebelles, les jeunes au Maroc*. Paris: CNRS Éditions.
- Bergua, J.A. (2002). Nosotros y los otros. Una aproximación reflexiva. *Nómadas* [En línea], 6.
- Cette France-là (2012). *Xénophobie d'en haut, le choix d'une droite éhontée*. Paris: La Découverte.
- Cloke, P. y Jones, O. (2005). Unclaimed territory: childhood and disordered space. *Social and Cultural Geography*, 6 (3), 311-333.
- Dell'Umbria, A. (2006). *C'est de la racaille. Eh bien, j'en suis !* Paris: Éditions de l'Échappée.
- Gimeno, Ch. (2013). Menores que migran solos y sistemas de protección a la infancia», *Zerbitzuan*, 53, 109-122.
- Gimeno, Ch. (2014). Buscavidas. La globalización de las migraciones juveniles. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Honwana, A. & F. De Boeck (Eds.) (2005). *Makers and Breakers. Children and youth in Postcolonial Africa*. Oxford: James Currey.
- Maffesoli, M. (2004). El tiempo de las tribus. México: Siglo XXI.
- Maffesoli, M. (2005). El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas. Paidós: Buenos Aires.
- Peralva, A. y Macé, E. (2002) *Médias et violences urbaines. Débats politiques et construction journalistique*. Paris: La Documentation Française.
- Rahma Bourqia (2010), Valores y cambio social en Marruecos, *Quaderns de la Mediterrània*, 13, 105-115.
- Santelli, E. (2007). *Grandir en banlieue. Parcours et devenir de jeunes Français d'origine maghrébine*. Paris: CIEMI, collection Planète Migrations.
- Suárez, L. (2006). Un nuevo actor migratorio: jóvenes, rutas y ritos juveniles transnacionales. En *Menores tras la frontera. Otra inmigración que aguarda*, Francisco Checa et al. (coords.), Barcelona: Icaria (p. 17-50).
- Tarrus, A. (1993). Territoires circulatoires et espaces urbains. Différenciation des groupes migrants. *Annales de la Recherche Urbaine*, 59-60, 51-60.
- Vacchiano, F. (2014). À la recherche d'une citoyenneté globale. L'expérience des adolescents migrants en Europe. *Revue européenne des migrations internationales*, (30) 1, 59-81.
- Vacchiano, F. (2015). Os confins no corpo: experiência, subjetividade e incorporação nos itinerários dos jovens migrantes marroquinos na Europa. En Joana Bahia y Miriam Santos (Eds.), *Corpos em trânsito: socialização, imigração e disposições corporais*. (pp. 128-155). Porto Alegre: Letra&Vida.

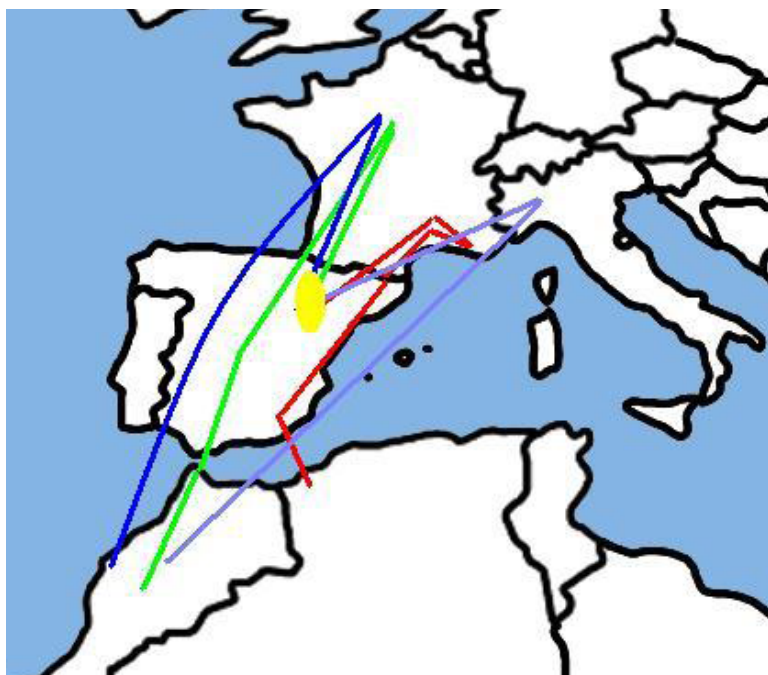
## ANEXOS

Imagen 1: Rutas migratorias desde África a Europa.



Fuente: Frontex (2007).

Imagen 2: Itinerarios complejos.



Fuente: Gimeno (2014). ■